
CUENTOS DE CIENCIAS
PARA MENTES CURIOSAS
Francisco de Sales López Fernández
mr.momo

Para mis dos monstruitos.
Que la curiosidad siempre los acompañe.

Y gracias a todas y cada una de las personas
que de una forma u otra salen en este cuento,
sin ellas no hubiera sido posible.

El pequeño planeta

Tierra era un pequeño planeta que junto con sus hermanos daba vueltas sin parar alrededor de Sol, un padre majestuoso, brillante y dorado, que siempre andaba vigilante, dándoles calor, justo en el centro de todos ellos.

Tierra no era para nada especial; no era ni el más grande ni el más chico, ni el más frío ni el más cálido.

Tampoco era el que más lunas tenía alrededor ni poseía ese impresionante cinturón de hielo de su hermano Saturno. Solo lo acompañaba su amiga Luna, única y fiel compañera, aunque revoltosa, siempre dándole vueltas sin parar, siempre mostrándole su misma cara.

Tierra siempre se preguntaba por qué Luna nunca le daba la espalda. Ella le decía que su espalda no le gustaba, que era muy fea y llena de cráteres, por eso nunca se la enseñaba.

Así, Tierra no era el más popular de sus hermanos, más bien todo lo contrario. Podríamos decir que todos ellos, por una cosa u otra, se reían de él cuando se iban cruzando por la inmensidad de su sistema solar, que era una pequeña parte de su madre, la Vía Láctea, su galaxia.

Pero volvamos a Tierra y su relación con sus hermanos.

Empezaremos por Mercurio, que siempre que lo veía le decía «Tierra, hermano, qué calentito se está aquí, tan cerquita de papá, pobre de ti que pasas frío» y luego salía corriendo riéndose. Porque Mercurio siempre iba de lo más rápido y Tierra se quedaba con las palabras en la boca.

Venus, su hermano más presumido, apenas lo miraba cuando pasaba a su lado. Y aunque Tierra siempre intentaba hablarle, Venus lo ignoraba.

Al otro lado estaba Marte, su hermano más gruñón, siempre rojo de ira, tan enfadado que tampoco quería dirigirle la palabra.

Júpiter, el siguiente de sus hermanos, lo menospreciada por su tamaño. Bueno, en realidad menospreciaba a todos porque era el más grande. Y cuando Tierra le preguntaba por su gran mancha, Júpiter, enfadado, le decía «¡Calla, enano!».

Saturno quizás era el hermano que mejor trataba a Tierra, aunque más por indiferencia, pues actuaba de manera muy vanidosa con ese cinturón de trocitos de hielo alrededor de su cuerpo tan extraordinario y del que Tierra siempre pensaba que ojalá hubiese tenido uno igual.

Urano era también más grande que Tierra y, como les suele pasar a algunos hermanos mayores, cada vez que podía lo

llamaba feo o cualquier otra maldad que se le ocurriera con tal de enrabietarlo.

Por último estaba su hermano Neptuno, todo azul, todo majestuoso, caminando siempre muy muy despacio. Cada vez que veía a Tierra le decía «Hermano, déjame tranquilito» y después seguía su lento transitar.

Y así año tras año, década tras década, siglo tras siglo, milenio tras milenio, hasta que un día Tierra ya no pudo más y, desconsolado, comenzó a llorar.

En ese momento, con todas las lágrimas que le habían provocado sus hermanos, creó la lluvia, y la lluvia creó ríos, y los ríos crearon lagos, y los lagos crearon mares, y los mares crearon océanos.

Con el agua llegó la vida en los océanos y, de ahí, conquistó la superficie terrestre. Tierra se convirtió en el planeta más maravilloso de toda la galaxia y desde entonces jamás sus hermanos volvieron a reírse de él porque ningún otro planeta, ni pequeño o grande, ni caliente o frío, albergaba vida.